

Desde la aparición de aquella obra hasta el día, todos los profesores de la ciencia de curar le han tributado sus unánimes alabanzas calificándola como de valor inapreciable, no solo en absoluto, sino teniendo en cuenta la época en que se hizo y el estado de atraso en que se encontraban las ciencias físicas y médicas.

Nuestra ilustre escritora, anticipándose á su siglo, con esa verdadera intuición de los grandes genios, presentó un nuevo sistema fisiológico, hoy mirado no solo con respeto, sino con admiración, y seguido por muchos fisiólogos, sistema que consiste en afirmar que no es la sangre la que nutre nuestro cuerpo, sino el fluido nerveo, que emanado del cerebro, se extiende por todo el cuerpo, atribuyendo á él, y no á otra causa, el verdadero origen de las enfermedades. «La causa y oficina, dice esta escritora, de los humores de toda enfermedad es el cerebro; allí están los afectos, pasiones y movimientos del ánimo. Allí el sentir ó sensación; allí la raíz y la naturaleza que hace la vegetación; allí la vida y anhélacion; de allí las enfermedades y de allí la muerte: allí la ánima irascible y concupiscible, pues no pueden estar sin especies. Con razón dice á este propósito el señor Canseco, que si se cotejan estas proposiciones de Doña Oliva con el cuarto teorema de Carlos Pison, de ese hombre á quien tanto encomia Boerhaave por su preciosa obra de las enfermedades serosas, aunque no sea del gusto de los solidistas del día, se verá que este sistema se halla conforme con la doctrina que dos siglos antes publicó nuestra española.

Otra de las notables teorías que anticipó Doña Oliva, precediendo á Descartes, es la que establece que el asiento del alma racional está en el cerebro, pero diferenciándose de aquel filósofo, en que mientras él la circunscribe á la glándula pineal, nuestra compatriota la hace extensiva á toda la sustancia del órgano encefálico.

Cuando los ya citados escritores ingleses Eucio, Warton, Cole, Charleton y otros dieron á luz el sistema de Doña Oliva como concepción propia, no faltaron españoles que restituyeran á aquella célebre pensadora la gloria que le usurpaban, y que le correspondía de justicia, figurando entre estos defensores de la verdad el sabio Feijóo y el

Doctor Martín Martínez en la censura puesta á la obra de Boyx titulada *Hipócrates aclarado*, donde escribe: «Para qué atribuir la gloria de este pensamiento á los ingleses, cuando antes que ellos, aun en el siglo de captividad, la publicó aquella heroína doctriz española Doña Oliva Sabuco, que con afrenta de nuestro sexo, tuvo valor de imprimir el año de 1587 un nuevo sistema contra el de Galeno y el vulgar de los árabes?» Notables son también las palabras con que nuestro abate Lampillas alaba el ingenio de aquella célebre escritora, afirmando «que los testimonios de su feliz ingenio que se conservan impresos, la afianzan un asiento honroso en la república literaria.»

Como indicamos al principio, no podemos añadir noticia alguna referente á la historia de aquella vida tan útilmente aprovechada; pero si consignaremos al concluir estos apuntes, el juicio que ha merecido la ilustre española, á un escritor contemporáneo desgraciadamente perdido para la ciencia cuando ofrecía mejores esperanzas; el ilustrado profesor D. Antonio Fernández Morejon¹. Dice así: «En efecto, Doña Oliva tenía una imaginación fecunda, brillante, fuerte, y aunque su obra abunda en metáforas y alegorías, es preciso considerar que el estilo que requieren los diálogos en que escribió, y los sugetos que intervienen en sus coloquios, lo exigen así... Tiene esta escritora otro mérito singular que le dará siempre un derecho á la gloria, y es el haber discurrido un tratado de las cosas con que se puede mejorar la república, que forma una especie de higiene ó policía civil, cuyos preceptos debían tener á la vista los príncipes y legisladores. He dicho muchas veces en la cátedra que el tratado de las pasiones escrito por esta muger, era superior, atendiendo al tiempo en que lo escribió, á la misma obra de Alibert. — Es también Doña Oliva digna de toda alabanza, por haber vislumbrado muchos fenómenos fisiológicos debidos á la lectura de las obras de Hipócrates, Platon, Eliano, y otros médicos y filósofos antiguos. En efecto, aunque ella dice *no se acor-*

¹ Historia bibliográfica de la medicina española. Madrid 1843. Obra póstuma.
TOMO II.

daba de medicina por no haberla nunca estudiado, parece expresar con esto que no habia seguido un curso escolástico de medicina, sino solamente un estudio privado; y asi debió ser, pues de lo contrario, era imposible se mostrara tan versada en la medicina de los griegos y árabes.

DOÑA ANA DE MENDOZA,

PRINCESA DE EBOLY.

Pocos personajes han alcanzado tan triste celebridad en nuestra patria como la dama con cuyo nombre encabezamos el presente estudio. No es á la verdad envidiable el origen de esta celebridad, pues la debe únicamente al activo papel que jugó en algunos acontecimientos del tenebroso reinado de Felipe II, figurando siempre como cortesana favorecida por la fortuna ó blanco de sus furores; pero en uno ú otro caso, recibiendo premios ó castigos en justo pago de amorosos devaneos. Pensábamos no dar lugar por esta causa en nuestra serie de biografías á la de Doña Ana de Mendoza; pero hemos reflexionado despues, como ya digimos en otro lugar, al escribir la triste historia de Brunequilla, que no tratamos de ofrecer con ella á nuestros lectores, un ejemplo que seguir, sino un peligro de que apartarse; que si la práctica de la virtud ofrece la mejor y mas sólida enseñanza, los hechos criminales que por desgracia turban la paz de la tranquila historia, sirven tambien como de faros encendidos, aunque con luz siniestra, sobre los escollos de la vida humana, para apartarse de ellos.

Hija Doña Ana del Conde de Mélito, D. Diego Hurtado de Mendoza, personage de no escasa importancia en la corte de Felipe II, casó, siendo casi una niña, de edad de trece años con D. Ruy Gomez de Silva, mas que por amor, por arreglos palaciegos en que tomó una parte demasiado directa el mismo Felipe II, siendo todavía príncipe;